

GRAN SUPERFICCIÓN

JACK VANCE

Autor ganador de los Premios Hugo y Nebula

ESTACIÓN ARAMINTA 1

Crónicas de Cadwal



El regreso triunfal a la ciencia ficción de un verdadero maestro, que nos ofrece la novela más apasionante que ha escrito hasta la fecha.

Navegando hacia el exterior de la galaxia a lo largo del Brazo de Perseida, y siguiendo a continuación las diez mil estrellas que forman el Manojó de Mircea, se llega eventualmente al Sistema de la Rosa Púrpura, cuyas tres estrellas, Lorca, Sing y Syrene, parecen derivar hacia el vacío. Tres planetas orbitan Syrene, y en uno de ellos, Cadwal, hay vida.

El descubridor de Cadwal, deslumbrado por la belleza natural del planeta, decidió que éste fuera conservado como reserva natural y fundó la Sociedad Naturalista de la Tierra para que se encargara de preservarlo. Los habitantes de la Estación Araminta, el centro administrativo de la Sociedad en Cadwal, controlan desde hace generaciones que los recursos naturales del planeta no sean explotados.

Estación Araminta es una novela bella y vertiginosa, en la que fluye con rara intensidad la potencia evocadora de un consumado narrador: Jack Vance, un mago sin rival en el género.

Una cultura singular que cobra vida propia y gana a cada paso una increíble intensidad.

La Estación Araminta, el centro administrativo encargado de preservar la Reserva de Cadwal, se ha convertido con el paso de los años en una sociedad cerrada en sí misma y estructurada en torno a las directrices de la Carta, el documento de constitución de la Sociedad Naturalista de la Tierra. Las familias, o casas, que se encargan de los diferentes aspectos de la administración de Cadwal tienen rígidamente limitado su crecimiento. Los jóvenes sólo pueden acceder a la ciudadanía y obtener el estatus de Agencia tras superar un elaborado sistema de puntuación, basado tanto en factores hereditarios como en los resultados de sus estudios.

Glawen Clattuc, nacido en la Estación Araminta pero hijo de una mujer no nativa de Cadwal, debe trabajar con empeño para poder conseguir la ciudadanía al alcanzar su mayoría de edad, pero es inteligente y sabe que tiene posibilidades razonables de lograrlo. Sin embargo, otros factores trabajan en su contra: su tía Spanchetta odia profundamente a su padre, Scharde, y en cualquier momento puede verse envuelto en la maliciosa

red de intrigas que ésta trama constantemente.

Estación Araminta es un verdadero triunfo. Escrita cuando Vance se acercaba a su setenta cumpleaños —una edad en la que la mayoría de los escritores apenas recuerdan sus años mas creativos—, *Estación Araminta* no sólo mantiene toda la frescura de su obra anterior, sino que supera en intensidad y ambiciones a sus novelas mas logradas. Un libro unico de un escritor deslumbrante.

La culminacion de la apasionante carrera literaria de un maestro de la ciencia ficción.

Para
David Alexander
Kin Kokkonen
Norma Vance

Fragmentos dispersos y notas para ser leídos por quien tenga interés

A continuación, reproducimos extractos de la introducción a *Los planetas del hombre*, escrito por los Miembros del Instituto Fidelius, que ayudará a salvar el abismo entre el presente y el pasado, entre el aquí y el allí:

... En esta obra, preparada durante treinta años, no pretendemos dar detalles exhaustivos ni realizar un análisis en profundidad, sino más bien ordenar un rompecabezas de un millón de piezas que, esperamos, den lugar a una visión de conjunto coherente.

... Orden, lógica, simetría: hermosas palabras, pero cualquier pretensión de que hayamos ensamblado nuestro material en moldes tan estrictos sería estéril. Cada mundo colonizado es *sui generis*, y ofrece al cosmólogo curioso un único quantum de información. Todos estos quantums son mutuamente inmiscibles, lo cual provoca que cualquier esfuerzo por generalizar caiga en la confusión. Contamos con una única certidumbre: ningún acontecimiento ha ocurrido dos veces; cada caso es único.

... En nuestros viajes de un extremo a otro de la Extensión Gaénica y, en ocasiones, a Más Allá, no hemos descubierto el menor indicio de que la raza humana se esté volviendo más generosa, tolerante, bondadosa e ilustrada. Ni el menor indicio.

Por otra parte, y ésta es la buena noticia, tampoco da la impresión de que haya empeorado.

... El chovinismo se deriva, al parecer, de un cándido egoísmo, que en caso de ser verbalizado, se expresaría así: «Desde el momento en que he decidido vivir en este lugar, ha de ser, por fuerza, excelente en todos sus aspectos».

De todos modos, el destino predilecto de aquellos que viajan por primera vez casi siempre es la Vieja Tierra. Ello da a entender que late en todos los exiliados el anhelo de respirar el aire nativo, de saborear el agua, de hundir los dedos en la tierra madre.

Para más datos, las naves que llegan cada día a los espaciopuertos de la Tierra descargan doscientos o trescientos ataúdes, en cuyo interior descansan aquellos que, con su último aliento, expresaron su deseo de devolver su sustancia al moho húmedo y parduzco de la Tierra.

... Cuando los hombres llegan a un nuevo planeta, comienza el proceso de interacción. Los hombres intentan alterar el planeta para adaptarlo a sus necesidades; al mismo tiempo, el planeta procura alterar a los hombres, con mucha mayor sutileza.

De esta manera se entabla la batalla entre el hombre y su entorno. A veces, los hombres doblegan la resistencia del planeta. Integran en el entorno químico y ecológico flora de procedencia terrestre o alienígena; los aborígenes molestos son repelidos, destruidos o embaucados, y el planeta adopta poco a poco la apariencia de la Vieja Tierra.

Sin embargo, el planeta es fuerte en ocasiones, y obliga a los intrusos a adaptarse. Al principio por conveniencia, después por costumbre, y finalmente por tendencia innata, los colonos obedecen los dictados del entorno y, a la postre, llegan a parecerse tanto a los indígenas que casi es imposible diferenciarlos de los verdaderos.

Introducción

1. El Sistema de la Rosa Púrpura, del Manojó de Mircea

(Extractos de *Los planetas del hombre*, escrito por los Miembros del Instituto Fidelius).

A mitad del Brazo de Perseida, un caprichoso remolino de la gravitación galáctica ha atrapado diez mil estrellas, desviándolas en un torrente que forma ángulo, con una espiral ensortijada en el extremo: es el Manojó de Mircea.

A un lado de la espiral, como a punto de caer en el vacío, se encuentra el Sistema de la Rosa Púrpura, que comprende tres estrellas: Lorca, Sing y Syrene. Lorca, una enana blanca, y Sing, una gigante roja, se mecen muy cercanas alrededor de su centro de gravedad mutuo, como un corpulento y anciano caballero de cara sonrosada que bailara un vals con una delicada y menuda doncella vestida de blanco. Syrene, una estrella blancoamarillenta de tamaño y luminosidad corrientes, gira en órbita alrededor de la pareja enamorada a prudente distancia.

Syrene controla tres planetas, incluido Cadwal, el único mundo habitado del sistema.

Cadwal es un planeta similar a la Tierra, de diez mil quinientos kilómetros de diámetro y gravedad muy parecida a la terrestre.

(Se omite la lista y análisis de las características físicas).

2. El planeta Cadwal

El localizador Rudel Neirmann, miembro de la Sociedad Naturalista de la Tierra, fue la primera persona que exploró Cadwal. Su informe provocó el envío de una expedición que, tras regresar a la Tierra, recomendó que Cadwal fuera declarado para siempre reserva natural, a salvo de la explotación humana.

Con este fin, la Sociedad tomó posesión oficial de Cadwal, y emitió un decreto de Conservación: la Carta.

Los tres continentes de Cadwal fueron denominados Ecce, Deucas y Throy^[1], y cada uno era muy diferente de los otros dos. Ecce, que se extendía a lo largo del ecuador, bullía de calor, hedor, color y famélica vitalidad. Hasta la vegetación de Ecce utilizaba técnicas de combate en su esfuerzo por sobrevivir. Tres volcanes, dos activos, el tercero inactivo, eran las únicas prominencias que se alzaban sobre el terreno llano de selva, pantanos y marismas. Ríos perezosos serpenteaban por el paisaje, hasta desembocar en el mar. Mil hedores fétidos extraños saturaban el aire; feroces animales se cazaban mutuamente, emitían rugidos de triunfo o chillidos de terror, según el papel interpretado en el incidente. Los primeros exploradores sólo dedicaron a Ecce una atención superficial y, a lo largo de los años, los demás siguieron su ejemplo, en general.

Deucas, en el extremo opuesto del planeta y cuatro veces más grande que Ecce, abarcaba la zona norte, de clima templado. La fauna, salvaje y temible a un tiempo, incluía varias especies semiinteligentes. La flora recordaba en muchos casos a la de la Tierra, hasta tal punto que los primeros agrónomos pudieron introducir especies terrestres útiles, como bambú, cocoteros, vides y árboles frutales, sin temor a causar un desastre ecológico^[2].

Throy, al sur de Deucas, se extendía desde el casquete polar hasta la zona sur templada. Throy era un país de topografía impresionante. Riscos escarpados se elevaban sobre abismos; el mar se rompía contra los acantilados; los bosques rugían, azotados por el viento.

Los océanos se enseñoreaban del resto, grandes extensiones desiertas de aguas profundas, desprovistas de islas salvo algunas insignificantes: el atolón Lutwen, la isla Thurben y la isla del Océano, en la costa este de Deucas, y unos pocos islotes rocosos próximos al cabo Journal, en el extremo sur.

3. Estación Araminta

En la Estación Araminta, un enclave de ciento cincuenta kilómetros cuadrados situado en la costa este de Deucas, la Sociedad estableció una agencia administrativa para hacer cumplir los términos de la Carta. Se crearon seis negociados para llevar a cabo el trabajo necesario:

- Negociado A: Documentación y estadísticas
- B: Vigilancias e inspecciones; servicios de policía y seguridad
- C: Taxonomía, cartografía, ciencias naturales
- D: Servicios internos
- E: Asuntos fiscales: exportaciones e importaciones
- F: Alojamiento de visitantes

Los primeros superintendentes fueron Deamus Wook, Shirry Clattuc, Saul Diffin, Claude Offaw, Marvell Veder y Condit Laverty. A cada uno se le asignó un equipo de cuarenta personas. La tendencia a reclutar este personal entre parientes cercanos dotó a la primera administración de una cohesión que, en caso contrario, no habría existido.

Seis dormitorios provisionales, cada uno asignado a un negociado, alojaron al personal de la agencia. En cuanto consiguieron fondos, se construyeron seis espléndidas residencias; cada una superaba a las demás en magnificencia y suntuosidad del mobiliario. Fueron denominadas Casa Wook, Casa Clattuc, Casa Veder, Casa Diffin, Casa Laverty y Casa Offaw.

Pasaron los siglos. Ninguna de las seis casas dejó de engrandecerse. Todas fueron continuamente ampliadas, remodeladas y embellecidas con maderas talladas y pulidas, azulejos y paneles de piedra semipreciosa local, y muebles

importados de la Tierra, Alfanor o Mossambey. Las *grandes dames* de cada casa estaban decididas a que la suya superara a las otras en estilo y lujo palaciegos.

Cada casa desarrolló su propia personalidad diferenciada, que sus residentes compartían. Así, los discretos Wook se distinguían de los petulantes Diffin, como los prudentes Offaw de los temerarios Clattuc. Del mismo modo, los imperturbables Veder desdeñaban los excesos emocionales de los Laverty.

En la Casa del Río, que se alzaba junto al río Leur, dos kilómetros al sur de la agencia, vivía el Conservador, el Superintendente Jefe de la Estación Araminta. Por orden de la Carta, era un miembro activo de la Sociedad Naturalista, un nativo de Stroma, la pequeña colonia naturalista de Throy.

Estación Araminta pronto contó con un hotel para alojar a los visitantes, un aeropuerto, un hospital, escuelas y un teatro, el Orfeo. Con el fin de conseguir divisas, los viñedos empezaron a producir excelentes vinos para la exportación, y se alentó a los turistas a visitar cualquiera de los doce albergues instalados en lugares especiales, administrados con sumo cuidado para evitar interferencias con su entorno.

Con las nuevas comodidades surgieron problemas de principios. ¿Cómo podían funcionar tantos proyectos con una dotación de tan sólo doscientas cuarenta personas? Era precisa cierta flexibilidad, y parientes colaterales, a modo de trabajadores temporales, empezaron a ocupar puestos de segunda categoría.

Los colaterales constituían una clase que había surgido casi imperceptiblemente. Una persona nacida en una de las casas, pero a la que se negaba el pleno «estatus de Agencia» en razón del límite numérico, se convertía en un colateral, con un estatus inferior. Muchos colaterales emigraron; los demás encontraron un empleo más o menos aceptable en la estación.

La Carta eliminaba de la cuenta a los niños, jubilados, personal doméstico y «trabajadores temporales sin residencia permanente». La expresión «trabajador temporal» incluía a agricultores, empleados de hoteles, mecánicos de aeropuerto y, en suma, trabajos muy dispares, y el Conservador hacía la vista gorda mientras a esta mano de obra no se le concediera la residencia permanente. Se necesitaba mano de obra barata, abundante y dócil, lo más cercana posible. ¿Cuál había más cercana, sino la población del atolón Lutwen, cuatrocientos cincuenta kilómetros al noreste de la Estación Araminta? Eran los yips, descendientes de siervos fugitivos, inmigrantes ilegales y otros.

De esta forma, los yips se integraron en la Estación Araminta. Vivían en dormitorios próximos al aeropuerto y sus permisos de trabajo sólo duraban seis meses. Era lo máximo que permitían los Conservacionistas. Aducían que más concesiones formalizarían la presencia de los yips, lo cual daría lugar a que los yips se establecieran poco a poco en el continente de Deucas, y eso no podía tolerarse.

Con el paso del tiempo, la población del atolón Lutwen aumentó hasta extremos inconcebibles. El Conservador informó del hecho a la sede de la Sociedad Naturalista en la Tierra, y exigió que se tomaran medidas drásticas, pero la Sociedad estaba pasando por momentos difíciles y no le prestó ayuda.

Yipton se convirtió en una atracción turística por derecho propio. Los transbordadores procedentes de la Estación Araminta transportaban turistas a la Arkady Inn de Yipton, un edificio construido por completo con cañas de bambú y hojas de palmera. En la terraza, hermosas muchachas yips servían ponches de ron, ponches de ginebra, destornilladores, combinados Trelawny, cerveza de malta y ponche de coco, licores elaborados o destilados en Yipton. Otros servicios más íntimos se ofrecían en el Pussycat Palace, famoso a lo largo y ancho del Manojito de Mircea, e incluso más allá de sus límites, gracias a la cordial versatilidad

de sus empleadas..., aunque nada era gratis. En Yipton, si alguien pedía un mondadientes para después de comer, encontraba su importe en la cuenta.

El número de turistas se incrementó cuando el Umfau (denominación del gobernante yip) introdujo nuevos y sorprendentes entretenimientos.

4. Stroma

Otro problema relacionado con la Carta se había solucionado de una forma más efectiva. Durante los primeros años, cuando los miembros de la Sociedad visitaban Cadwal, se alojaban en la Casa del Río. Al final, el Conservador se rebeló y rehusó plegarse a aquellas constantes idas y venidas. Propuso que se estableciera un segundo enclave, más pequeño, cuarenta y cinco kilómetros al sur, con casas de huéspedes reservadas para el uso de los Naturalistas visitantes. El plan, cuando fue presentado en el cónclave anual de la Sociedad (celebrado en la Tierra), fue recibido con división de opiniones. Los Conservacionistas Estrictos se quejaron de que sucesivas artimañas iban despojando a la Carta de todo contenido. Otros dijeron: «Perfecto, pero cuando vayamos a Cadwal, para llevar a cabo investigaciones o disfrutar de sus paisajes, ¿tendremos que vivir en una tienda de campaña?».

El cónclave adoptó una solución de compromiso, que no satisfizo a nadie. Se autorizó un nuevo establecimiento, pero sólo con la condición de que fuera construido en un lugar concreto que dominaba el fiordo Stroma, en Throy. Era un lugar casi cómicamente inadecuado, con la intención de desalentar a quienes habían propuesto el plan.

Sin embargo, el reto fue aceptado. Stroma se convirtió en una realidad: una ciudad de casas altas y estrechas, intrincadas y pintorescas, pintadas de negro u ocre oscuro, con las puertas y las ventanas en tonos blancos, azules y rojos. Las casas estaban construidas a ocho niveles y permitían majestuosas vistas sobre el fiordo Stroma.

En la Tierra, la Sociedad Naturalista cayó víctima de un liderazgo débil y la falta general de objetivos. En el cónclave final, los registros y documentos fueron asignados a la